

# **Violencia en el fútbol.**

*Investigaciones sociales  
y fracasos políticos*

José Garriga Zucal (comp.)

Garriga Zucal, José.  
Violencia en el fútbol : investigaciones sociales y fracasos políticos  
. - 1a ed. - Buenos Aires : EGodot Argentina, 2013. 412 p. ; 20x13  
cm. - (Crítica) ISBN 978-987-1489-67-1 1.  
Fútbol. 2. Ensayo. 3. Estudios Culturales.  
I. Título CDD 306

**Violencia en el fútbol.  
Investigaciones sociales  
y fracasos políticos**  
José Garriga Zucal

**Corrección**  
Gimena Riveros

**Foto de tapa**  
Tamara <http://www.flickr.com/people/tamy-tax/>

**Diseño de tapa e interiores**  
Víctor Malumián

**Ediciones Godot ©**  
Colección Crítica  
[www.edicionesgodot.com.ar](http://www.edicionesgodot.com.ar)  
[info@edicionesgodot.com.ar](mailto:info@edicionesgodot.com.ar)  
Buenos Aires, Argentina, 2015  
[Facebook.com/EdicionesGodot](https://www.facebook.com/EdicionesGodot)  
[Twitter.com/EdicionesGodot](https://twitter.com/EdicionesGodot)

Impreso en Bonusprint, Luna 261,  
Capital Federal, República Argentina,  
en marzo de 2015

# Índice

## **Cartografías de la(s) violencia(s)**

*José Garriga Zucal / 07*

VIOLENCIAS LOCALES: ABORDAJES,  
MIRADAS Y DIAGNÓSTICOS

## **La violencia, la academia y el fracaso**

*Pablo Alabarces / 21*

**“Así cualquiera tiene aguante, de fierro tiene aguante todo el mundo”. Disputas morales sobre las prácticas violentas en el fútbol**

*Verónica Moreira / 41*

## **Cultura, civilización y violencia en el fútbol argentino**

*Rodrigo Daskal / 69*

## **Apuntes sobre la identidad en la hinchada de Platense**

*Federico Czesli / 95*

## **De corporalidades masculinas, aguantadoras y populares. Violencia, identidad y poder en la hinchada del Club Atlético Belgrano**

*Nicolás Cabrera / 127*

OTRAS TRAMAS, OTROS PROBLEMAS  
Y ALGUNAS SOLUCIONES

**Violencia y etnicidad: apuntes etnográficos  
sobre la práctica del fútbol entre poblaciones  
originarias-campesinas de Jujuy (Argentina)**

*Federico Fernández / 155*

**La afición futbolística y  
la violencia en México: 1995 a 2012**

*Roger Magazine*

*Sergio Fernández González / 185*

**Hinchadas como política  
en el Brasil post-dictadura**

*Luiz Henrique De Toledo / 209*

**Aspectos legales, jurídicos y  
normativos sobre barras  
futeboleras en Bogotá y Colombia**

*Alejandro Villanueva Bustos*

*Nelson Fabián Rodríguez / 253*

**Alternativas europeas comparadas  
de gestión de la seguridad y  
la violencia en los estadios de fútbol:  
tres enfoques y aplicaciones diferentes.**

**¿Qué se puede aprender?**

*Fernando Segura M. Trejo*

*Diego Murzi / 267*

LA GESTIÓN DE LA “SEGURIDAD”:  
REPRESIÓN Y PREVENCIÓN

**Separar, dividir y mortificar.  
Los dispositivos culturales  
de seguridad en los estadios  
de fútbol argentino**

*Santiago Uliana  
Matías Godio / 297*

**De violencia a ambientes de violencia:  
entre el doble discurso de los hinchas  
y el doble reduccionismo mediático,  
razones para un desplazamiento  
conceptual en los estudios  
sociales del deporte**

*Juan Manuel Sodo / 321*

**Las violencias sentenciadas.  
Análisis de las leyes en torno a  
la seguridad deportiva en Argentina**

*Sebastián Ezequiel Sustas / 351*

**El aguante: violencias,  
academia y políticas públicas**

*José Garriga Zucal / 375*

**Bibliografía / 395**

## **José Garriga Zucal**

Es licenciado en Antropología Social (UBA), Magister en Antropología Social (UNSAM), y Doctor en Antropología Social (UBA). Actualmente, es docente de la Universidad Nacional de San Martín y de la Facultad Latinoamericana de Ciencias sociales (FLACSO), e Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

# Cartografías de la(s) violencia(s)

**José Garriga Zucal**

**R**etomamos, obstinadamente, la temática de la violencia en el fútbol. La terquedad que nos guía es el resultado de una doble certeza. Por un lado, esta problemática continúa destacándose entre los temas más relevantes de la agenda social y política. Variadas razones justifican esta persistencia: los recurrentes incidentes en el mundo futbolístico que suman heridos y muertos a un extenso inventario, las incapacidades de la gestión de proyectar políticas públicas de prevención y las relaciones de estas formas de violencia con otros fenómenos problemáticos que golpean nuestra sociedad, como la adicción a las drogas, la violencia de género, etc. En esta obra recorreremos un fenómeno de actualidad que, abordado con rigor, permite pensar -y varios de los artículos se abocan directamente a este punto- abordajes creativos para sosegar la conflictividad que actualmente embarga al espectáculo futbolístico. Por otro lado, el campo de debates teóricos sobre la violencia es un terreno fértil para abordajes académicos multidisciplinarios como los que aquí realizaremos. El concepto de violencia, complejo por polisémico, será desmenuzado sumando elementos innovadores para su uso y comprensión. Someteremos a escrutinio, así, los discursos estigmatizantes, reduccionistas y etnocéntricos que son, por ignorancia, insumos constantes del fracaso de las políticas públicas que buscan asir un fenómeno que desconocen.

La violencia en el fútbol ha sido profusamente examinada por las investigaciones académicas argentinas en

los últimos quince años, con múltiples miradas -sociológicas, antropológicas, comunicológicas, etc.-. Desde posiciones marginales que fueron legitimándose a fuerza de trabajo se trazó un mapa de conceptos y recursos analíticos imposibles de obviar, aunque más no sea para señalar sus debilidades. Existe, entonces, desde hace ya muchos años un mapa de la violencia en el fútbol, y este libro contribuye sobre esta cartografía, trabaja sobre viejos hitos y delinea nuevas fronteras. Proponemos en este trazado una triple contribución. En primer lugar, aportar nuevas miradas sobre temas profusamente trabajados, como los vínculos existentes entre violencia y la identidad o la cultura. En segundo lugar, iluminar las particularidades del fenómeno violento en otras latitudes, enfoques y problemas diferentes que confieren nuevas herramientas analíticas. Por último, colaborar en la intervención sobre la violencia no solo con ajustados diagnósticos sino con sugerentes ideas, bosquejos de posibles políticas y críticas certeras a las administraciones fallidas.

\*

Estas breves páginas introductorias tienen como objeto dar al lector las herramientas necesarias para comprender los trabajos que conforman este libro. Se vuelve imprescindible empezar iluminando algunas particularidades de la noción de violencia, eje nodal de nuestro trabajo. Proponemos analizar dicho concepto desde las características que toma en el ámbito futbolístico.

Los trabajos aquí reunidos abrevan en el complejo y polisémico concepto de violencia, que posee, para las ciencias sociales, un gran potencial analítico. Nuestro punto de partida es afirmar que la tarea del investigador social es estudiar qué se define como violencia en un tiempo y espacio determinado. La fortaleza de tal aseveración, resultado de años de investigación, se sustenta en la sapiencia de que



toda definición de un acto como violento es siempre una disputa, un debate. Ningún actor social acepta ser definido como violento, dada la ilegitimidad de ese rótulo, entonces, la clasificación de sujetos y acciones como violentas desnuda un campo de lucha por la significación y por la imputación de un estigma (Garriga y Noel 2010). La definición de qué es violento y qué no establece un campo de disputas entre actores diversos posicionados diferencialmente en una estructura de poder (Isla y Míguez 2003). La negatividad que conlleva ser definido como violento establece los límites de este campo. Así que la potencialidad analítica del concepto de violencia está en permitir a los investigadores analizar las disputas por las representaciones de las prácticas, indagar qué se define como violencia en un escenario social determinado. El ejercicio analítico toma las diferentes definiciones que emergen en un determinado contexto y las pone bajo la lupa<sup>1</sup>. Por ello en esta obra nos preguntaremos, una y otra vez, qué se define como violencia en el ámbito del fútbol y quiénes son definidos como violentos y quiénes no.

Por estas razones, nuestro primer paso es desterrar de todo análisis un equívoco recurrente que sustenta algunos enfoques sobre la violencia en el fútbol. Ante cada hecho de violencia, los medios de comunicación y los funcionarios públicos ponen en escena un juego de luces y sombras que ilumina las prácticas violentas de unos pocos, culpándolos de las desgracias y desventuras que azotan los estadios, opacando -olvidando con más perversión que ingenuidad- las acciones de otros actores sociales. El re-

---

1. En este punto es necesario incluir también las perspectivas de los investigadores y aparece, en escena, la reflexividad. Esta noción es central para poder llevar a cabo investigaciones sobre violencia, en realidad para hacer cualquier investigación. Es necesario, cuando estudiamos temas de violencia, conocer nuestras nociones como investigadores sobre el fenómeno estudiado, para saber cómo lo interpretamos.

sultado de esta operación es atribuir a las llamadas “barras bravas” todos los males del mundo del fútbol, invisibilizando otras formas de violencia. Los miembros de las “barras bravas” son uno de los tantos practicantes de acciones violentas en el mundo del fútbol. Los policías, los espectadores que no son parte de los grupos organizados, los periodistas y los jugadores, tienen, en diferentes dimensiones, prácticas violentas. Los “barras bravas”, como sostiene Alabarces (2004), son los únicos de estos actores que hacen de la violencia una marca positiva, ya que reafirman su identidad en la pelea, en la lucha, pero no son los únicos que tienen prácticas posibles de definir como violentas.

Esta reducción del fenómeno tiene muchas implicancias. Por un lado, invisibiliza las acciones de otros sujetos sociales, reduciendo el fenómeno violento y escamoteando su complejidad. La violencia en el fútbol no es, ante esos ojos, un enmarañado de actores y prácticas sino la sinrazón de unos pocos desequilibrados que “quieren arruinar la fiesta de todos”, como repetidas veces leemos o escuchamos en distintos medios. Por otro lado, el foco sobre las “barras bravas” construye un “otro” violento y anómalo, ante una multitud de espectadores correctamente adaptados. Gil (2002) señala que existe un “consenso general” que presenta a “los violentos” -los barras bravas- como unos pocos individuos que son identificados y “repudiados por todos”. Estos son los que hay que “erradicar” para que el fútbol sea la fiesta -pacífica y armónica- que era antes de su aparición. Esta imagen simplificada del fenómeno, dice Gil, esconde que la violencia es constitutiva e integral del ambiente del fútbol. Disimula otras violencias al señalar solo uno de los responsables.

Entonces, se vuelve imprescindible cuando hablamos de violencia en el fútbol no reducir el fenómeno a las prácticas de unos pocos. Por ello, proponemos incorporar el plural a la noción de la violencia (Isla y Míguez 2003), para que desde ahora pensemos a la(s) violencia(s) en el

fútbol, comprendiendo la diversidad de actores y representaciones. Este ejercicio devolverá al fenómeno violento su anchura, desterrando viejas y solidificadas ideas: “los violentos” son unos pocos y siempre los mismos. Trabajar sobre las violencias en el fútbol permitirá comprender una enmarañada matriz de actores y prácticas que quedan ocultas en las posiciones simplistas que iluminan siempre a los mismos como responsables de un todo que los supera ampliamente. Lejos está de nuestro interés negar el rol central que tienen las “barras bravas” en el fenómeno violento, buscamos, por el contrario, una comprensión más acabada que permita un abordaje profundo de un tema complejo.

Nuestra segunda meta es analizar la legitimidad de actos y representaciones para ver qué se define como violencia. En nuestra sociedad existen distintas apreciaciones sobre una misma acción y es necesario mostrarlas e indagar cómo unas se consolidan más legítimas que otras. Riches (1988) sostiene que lo que se define como violencia es la disputa por los sentidos entre la tríada: víctima, ejecutor y testigos. Estas disputas por la significación vinculan a actores que desde distintas ópticas pugnan por imponer sentidos y significados. Aquí es necesario pensar las tensiones que existen entre distintas legitimidades, entendiendo que muchas veces lo legítimo para una mayoría no lo es para todos. Una pelea entre “barras bravas” será definida como violenta por los testigos pero no así por los contrincantes. Esta postura es fundamental para entender por qué luego de una pelea entre “barras” no existen denuncias judiciales: las partes enfrentadas saben de antemano cuáles son los posibles desenlaces de un enfrentamiento, acuerdan sobre la legitimidad de sus acciones<sup>2</sup>. Además, los roles diferen-

---

2. En el mes de octubre de 2005 un juicio, profusamente cubierto por la prensa -no solo deportiva-, juzgó a miembros de la hinchada de Boca por golpear a pares de Chacarita Juniors; el juicio terminó con la negativa de los golpeados a testificar en contra de los victimarios. La prensa hablaba de pacto mafioso, de los códigos secretos de “los

tes en las interacciones son sumamente relevantes a la hora de definir las acciones. Es así que la misma acción puede ser definida como violencia por un actor cuando es testigo pero no cuando es ejecutor. Los ejecutores de prácticas definidas, por terceros, como violentas raras veces definen a sus acciones de esta forma ya que para ellos es legítima. Entre algunos espectadores del fútbol que no son parte de las “barras bravas” acontecen muchas veces estas situaciones paradójicas: simultáneamente que afirman un rotundo “no a la violencia” recuerdan con agrado su participación en varios disturbios o festejan el robo de banderas a un rival. Un doble discurso resultado de los múltiples mundos sociales en los que estos se ubican. Por un lado, participan de un discurso social que negativiza los actos violentos y, por otro lado, comparten en la tribuna un espacio donde la violencia posee un valor positivo. Estos espectadores no son esquizofrénicos, ni mucho menos, tienen definiciones contextuales sobre la violencia. Lo mismo acontece con los dirigentes, que ante los medios de prensa se encuentran ligados a las concepciones condenatorias de la violencia en el fútbol pero en otros contextos muestran otras perspectivas sobre los mismos hechos.

Siguiendo esta línea debemos mencionar que no todos los actores sociales están en igualdad de condiciones para imponer su visión del mundo y de la violencia. Si entendemos a la violencia como un campo de disputas por la significación de las prácticas debemos mencionar que, en él, los actores se encuentran en situaciones de poder diferentes, ya que no todos los significados tienen las mis-

---

violentos”. Y esta vez estaba cerca de la dimensión del fenómeno. Un informante de Huracán decía que era correcta la actitud de los simpatizantes de Chacarita de no testimoniar contra los de Boca, ya que ambos grupos eran de la *hinchada* y si lo hacían estaban rompiendo los códigos. En sintonía con esto, los integrantes de la hinchada de River, acérrimos contrincantes de Boca, desplegaron una bandera que decía: “Las barras no denuncian”.

mas capacidades para volverse legítimos. Es necesario dar cuenta de quiénes, cómo y cuándo definen a ciertas prácticas como violentas. Existen instituciones y agentes sociales -las elites, los medios de comunicación, el Estado<sup>3</sup>- que tienen más poder para definir qué es violencia y qué no.

La ley es, sin duda, un poderoso instrumento para nutrir a las acciones de legitimidad. Aunque también es cierto que el efecto de la ley no ilegítima mágicamente a las acciones que tienen validez. Podemos ver que la eficacia simbólica de la ley es mínima, que no tiene ningún *mana*, que, por simple aparición en el boletín oficial, haga que la violencia desaparezca. Solo unos pocos pueden creer que con una ley se solucionan problemas que tienen fundamentos sociales y raíces culturales. Las leyes persiguen la violencia en el fútbol -solo un tipo de violencia- y logran detenciones, mas no pueden cambiar los valores legítimos que tiene la violencia entre sus actores. Las formas culturales que sustentan las violencias en el fútbol no pierden su legitimidad por ser ilegales. Para ejemplificar, no podemos dejar de mencionar que la cúpula de la “barra brava” de River y de Boca estuvieron presos -parece que las leyes funcionan-, pero no pudieron lograr que una innumerable cantidad de hinchas quieran ocupar el lugar vacante de esos líderes.

Observamos que aquello que se define como violencia es el resultado de una matriz de relaciones sociales contextualmente determinadas. Los debates por los sentidos de la acción desnudan el carácter local-contextual de toda definición. Indican, también, que los sentidos de las

---

3. Es necesario recordar aquello que sostiene Isla y Míguez (2003) respecto al rol del Estado en las diversas formas de violencias que azotan nuestra sociedad. Las fuerzas de seguridad son productores o partícipes de numerosos hechos de violencia que deberían prevenir o controlar. No es un dato menor en la comprensión del fenómeno violento en el fútbol argentino que un altísimo porcentaje de los más de 270 muertos que tiene en su historia trágica el fútbol argentino son el resultado del accionar policial.

prácticas violentas no pueden ser comprendidos de forma estática, sino como un fenómeno elaborado históricamente por cada grupo social.

Ahora bien, estas diferentes posiciones se articulan en el mundo del fútbol construyendo un espacio, siempre inestable y cambiante, donde la violencia tiene gran legitimidad. En el fútbol argentino, la violencia, en sus diferentes formas, goza de una legitimidad extendida mucho más allá de los límites de la “barras bravas”. El fútbol se ha convertido en un espacio donde actores que rechazan las violencias en otros contextos aquí las aceptan, donde la muerte de un espectador rival es un horizonte posible y, a veces, deseable. Legitimidad compartida por muchos de los múltiples agentes que pululan por el mundo futbolístico y que queda oculta por el juego de luces y sombras que visibiliza las acciones violentas de unos y oculta tantas otras formas de violencia.

También esquivaremos en estas páginas tres prejuicios que envuelven a las teorías vulgares sobre la violencia. Primero, analizaremos la ligazón que existe entre violencia y sin sentido. Sobrados argumentos tendrán los lectores para comprender los sentidos sociales de la violencia, significados que impiden sitiar a estas prácticas más allá de la razón. Las acciones violentas no son ejemplo de la sinrazón. Y más aún, descubriremos que estos sentidos son el resultado de múltiples causas imbricadas, que articulan por ejemplo, de forma compleja, razones materiales con dimensiones del honor y la identidad de género. La violencia en el fútbol es interpretada desde el sentido común, los medios de comunicación y las instituciones del Estado como ejemplo máximo de sinrazón e incivilización. Las dos concepciones se entrecruzan, la razón define al actor social de la sociedad civilizada. Civilización y razón son parte de un mismo argumento, cuyo resultado es ubicar a la sinrazón como particularidad que distingue al imperio de lo incivilizado. Este silogismo enlaza dos representa-

ciones sobre los protagonistas de hechos violentos en el fútbol. Por un lado, son personificados como “irracionales”, “bestias” y “locos”; animalizados o interpretados como sujetos patológicos, son desplazados más allá de los límites de la razón. Por otro lado, y en continuidad con la primera interpretación, son concebidos como “bárbaros” o “salvajes”, alejados de la civilización. Los actores de hechos violentos aparecen como el testimonio de un pasado que se creía superado. La violencia aparece como producto de una alteridad radical, distante del “nosotros” racional y civilizado, anomalía disruptiva del orden social que debe ser eliminada. La falta de razón es anómala y, por ende, también sus representaciones. Gambetearemos, entonces, la figuración de las acciones violentas como irracionales dando cuenta de los sentidos que tienen las prácticas para sus actores. Escudriñar sentidos nos nutre de herramientas para planificar políticas de prevención.

Segundo, analizaremos la relación que se establece entre violencia y pobreza. Es común en la Argentina, entre los medios de comunicación y los encargados de la planificación de políticas públicas, imputar la violencia como un rasgo distintivo de los más pobres. Decíamos anteriormente que es imposible pensar que las prácticas violentas son una particularidad solo de las “barras bravas” y debemos ahora afirmar que las acciones violentas no son una característica de los más pobres. Nuevamente un efecto de luces y sombras ilumina las prácticas de los sujetos más vulnerados, olvidando y dejando a resguardo las acciones de los más poderosos, quienes poseen el dominio de definir qué es violencia y qué no. Una vez más la operación que realiza esa ligazón -que proponemos desterrar- tiene como objeto imputar la violencia como una particularidad siempre característica de una minoría lejana y nunca como una característica que atraviesa todo el tejido social. Sabemos que en la Argentina se arrojan piedras desde costosas plateas, que adinerados dirigentes de clubes amenazan con

armas de fuego a simpatizantes rivales y que la composición social de las “barras bravas” es sumamente heterogénea.

Eric Dunning (1993) apuntó que las acciones de los *hooligans* derivaban de la pobreza y las limitadas oportunidades culturales de los sectores más bajos de la clase trabajadora. La violencia era explicada por la composición social del público. Los trabajos de Armstrong y Giuliannotti revelaban que la composición social de los *hooligans* británicos era diversa e imposible de reducir a un grupo social<sup>4</sup>. Ese debate fue, en el caso argentino, retomado por Archetti (1992), indiscutido precursor, quien hace ya muchos años dio cuenta de que la violencia en el fútbol tiene varios actores y que los sentidos de sus prácticas están vinculados a otros tantos factores sociales. Por ello, es un mayúsculo error creer que solo los más pobres son violentos. En el mundo del fútbol no todos los pobres protagonizan acciones violentas ni todos los que protagonizan acciones violentas son pobres.

Tercero, es necesario desnaturalizar la violencia. Los actores sociales que cometen hechos violentos en el mundo del fútbol lo hacen como parte de un entramado social complejo que legitima esas acciones en esos contextos. Estos actores, en otros contextos, actúan de otras formas, es decir, no es la violencia una particularidad natural sino una acción -legítima y válida- que, usada como recurso social, les permite ubicarse en un determinado espacio social. Es sumamente relevante exhibir el traspie conceptual de los que transforman a los sujetos que consuman acciones violentas en “violentos”. Esta desacertada idea, sustentada en una concepción de la violencia como impulso irracional, impide toda política de prevención acabada al concebir a la violencia como una particularidad ontológica de sujetos que deben ser erradicados. Eliminar la violencia se trans-

---

4. En el capítulo escrito por Pablo Alabarces aparece este debate de forma ampliada. (Ver pp. 21-38).



forma así, por ignorancia supina, en la política de eliminación de los “violentos” y no de las causas sociales y culturales que producen el accionar violento.

Decíamos al inicio que dos razones motivaban estas páginas, la de contribuir al debate académico y la de poner en escena saberes y miradas para reflexionar sobre un tema “caliente” de la agenda social y política. Ambos puntos están estrictamente vinculados. Tan es así que podemos afirmar que las fallas de la gestión de la seguridad son el resultado de los enfoques erróneos que antes mencionábamos. Es imposible que una gestión en la prevención sea efectiva si parte de la idea de que las acciones que quiere prevenir son una locura, testimonio de irracionalidad. La política que no entiende los sentidos de las acciones carece del fundamento para modificar las causas y razones de la violencia. Y estos intentos naufragan regularmente porque conjugan la ignorancia de los sentidos con una mirada sesgada. Escasa o nula efectividad puede tener una gestión que erróneamente señala a unos pocos como culpables de un fenómeno amplio y diverso. De esta manera, el mapa de la situación en la Argentina señala los avances de los saberes científicos sobre el tema y la incapacidad -compartida por científicos sociales y políticos- de convertir estos en políticas eficaces de prevención.

\*\*

Nos cabe presentar, por último, la lógica que estructura esta obra. Este libro tiene tres secciones. En todas se estudia la violencia, en sus diferentes configuraciones y facetas, intentando, al fin y al cabo, indagar sobre qué tipo de espectáculo queremos y cuál tenemos. El hiato entre el deseo y la realidad desnuda el camino a recorrer. La primera y más extensa de estas sesiones reúne los artículos que, desde distintos enfoques disciplinarios, analizan la violencia en el fútbol en nuestro país. La hemos denominado

“Violencias locales: abordajes, miradas y diagnósticos” y nos proponemos allí analizar diversas particularidades del fenómeno argentino. Variadas formas de violencia, diferentes actores y diversos sentidos emergen en estos capítulos dando herramientas para determinar algunos de los límites del mapa contemporáneo. Los artículos aquí reunidos nos nutren de herramientas para actualizar nuestros saberes, al mismo tiempo que permiten ampliar el diagnóstico con la inclusión analítica del fenómeno más allá de Buenos Aires. La segunda sección se titula “Otras tramas, otros problemas, algunas soluciones” y presenta las particularidades del fenómeno violento en otras latitudes. Los textos de esta sección ensanchan el debate conceptual sobre la noción de violencia al iluminar la diversidad que tiene el fenómeno en otros contextos. Enfocar las particularidades del fenómeno en Latinoamérica y Europa, aunque también un caso argentino que por su distancia parecen más alejado, sirve para reflexionar sobre el concepto de violencia y sus implicancias sociales. Se suman en esta sección artículos que no solo comparan formas diferentes de violencia sino que también analizan acciones varias de prevención en geografías distintas para comprender sus diferencias e iluminar, así, posibles soluciones para con el tema que nos convoca. La tercera sección piensa e intenta repensar la relación entre la academia y las políticas públicas, poniendo en foco qué de los saberes académicos se usa en la prevención de la violencia en el fútbol. En este apartado, que llamamos “La gestión de la ‘seguridad’: represión y prevención” proponemos reflexionar sobre las políticas públicas que intentan abordar esta confusa geografía.

# *Violencias locales: abordajes, miradas y diagnósticos*

La violencia, la academia y el fracaso

*Pablo Alabarces*

“Cualquiera tiene aguante,  
de fierro tiene aguante todo  
el mundo”. Disputas morales  
sobre las prácticas violentas en el fútbol

*Verónica Moreira*

Cultura, civilización y  
violencia en el fútbol argentino

*Rodrigo Daskal*

Apuntes sobre la identidad  
en la hinchada de Platense

*Federico Czesli*

De corporalidades masculinas,  
aguantadoras y populares.  
Violencia, identidad y poder en la  
hinchada del Club Atlético Belgrano

*Nicolás Cabrera*

## **Pablo Alabarces**

Licenciado en Letras (UBA), Magister en Sociología de la Cultura (UNSAM), Doctor en Sociología (University of Brighton). Profesor Titular de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA), Investigador Principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

# La violencia, la academia y el fracaso

**Pablo Alabarces**

|

**R**evisar la trayectoria de los estudios sobre violencia en el fútbol implica a la vez preguntarse por caminos paralelos y por sus -improbables, si la geometría no nos engaña- intersecciones. Como suele ocurrir, un hecho social de visibilidad importante y repercusiones concretas -en su extremo, la vida y la muerte- conlleva tratamientos múltiples: los más notorios, los periodísticos; los más previsibles, los políticos; los más clandestinos, los académicos. Esa multiplicidad genera un número enorme de discursos y de textos, inabordables en su totalidad, pero que pueden ser sintetizados en sus líneas centrales y en sus actitudes básicas. En el caso que nos ocupa, la violencia en el fútbol produce discursos periodísticos que exigen soluciones a los discursos políticos, y discursos políticos que prometen esas soluciones coincidiendo con las descripciones, los diagnósticos y las demandas que producen los discursos periodísticos -porque los discursos políticos prescindan de descripciones y demandas propias. Y los discursos académicos son, en general, un tercero excluido, ausente del debate: o limitado a un debate endogámico.

Algo de todo esto quiero narrar aquí. De lo producido en sede académica y sus avatares y pliegues, sus itinerarios y deudas intelectuales; pero también de sus relaciones con otros mundos, alguno de los cuales, paradójicamente, era razón misma de la existencia de nuestra producción

científica. Es la historia de la academia hablando de la violencia en el fútbol, y también de algunas ignorancias militantes y perseverantes, y también de algunos silencios y rechazos: es, finalmente, la historia de un fracaso, el de no poder salvar una sola vida.



Comenzamos a indagar la violencia en el fútbol a fines de los años noventa. *Comenzamos*, como será dicho de aquí en más, describe un colectivo, el que organizamos en la Universidad de Buenos Aires a mediados de esa década para inventar simultáneamente la sociología, la antropología y los estudios sociales y culturales del deporte en la Argentina<sup>5</sup>. Los primeros proyectos no mencionaban la violencia: los siguientes, desde 1998, la pusieron en el título. Fue producto de lo que leímos como expectativa y demanda antes que de los propios deseos: nos habían ocupado más los trabajos sobre medios, la construcción de una bibliografía sobre juego y ritual, la figura de Maradona, entre otros pliegues<sup>6</sup>. Nos devoramos la escasa producción argentina y latinoamericana, la mucho mayor producción británica. En esos años hicimos una estadía inglesa, de la que volvimos con libros, fotocopias y documentos, además de muchas conversaciones con los autores de los libros, las fotocopias y los documentos. A las tradicionales invocaciones periodísticas y políticas argentinas sobre la experiencia inglesa pudimos comenzar a contestar: “nosotros sí sabemos lo que hicieron los ingleses”. Que es lo que sigue<sup>7</sup>.

---

5. La historia latinoamericana de esa fundación está largamente explicada en Alabarces, 2005. Varios de los autores de este libro fueron actores fundamentales de esa historia.

6. Esos primeros titubeos pueden leerse en Alabarces y Rodríguez (1996) y Alabarces y otros (1998).

7. Y lo que sigue tuvo una primera difusión en Alabarces, 2004.



La primera reflexión sociológica sobre los *hooligans* fue el trabajo de Ian Taylor (1968; 1971a; 1971b). Taylor, cuya preocupación era la *deviance*, propuso desde finales de los sesenta una primera interpretación sugestiva: que los fenómenos de violencia eran obra de miembros de la clase obrera inglesa, como forma de protesta por la “expropiación” que la industria del espectáculo estaría produciendo de un deporte que mostraba, hasta entonces, características marcadamente de clase. El fútbol se estaba transformando, ya en esos años, en un fenómeno internacional y de clases medias. Los hinchas originales, miembros de la clase obrera, habrían sentido que estaban siendo dejados de lado, que ya no constituían un elemento clave en esa cultura. Asimismo, reprochaban el acercamiento de los futbolistas -tradicionalmente originados en los medios obreros y consecuentemente vistos como “uno de nosotros”- al jet set y a otro estilo de vida. El *hooliganismo* sería entonces, según Taylor, una respuesta, una especie de protesta resistente para retener el control del fútbol<sup>8</sup>. Más tarde Taylor modificó parcialmente su tesis original, agregando que los *hooligans* eran jóvenes que estaban quedando desempleados y excluidos en el proceso conservador tatcherista, por lo que protestaban además contra su marginalización: el *hooliganismo* era así explicado como una respuesta violenta a esa marginalización. En ambos casos, Taylor, como señalan sus críticos, adolecía de empiria suficiente; se trataba de una interpretación sobre los datos periodísticos.

---

8. Aunque esta interpretación podría ser seductora para el caso argentino, en tanto la cultura futbolística fue capturada por sectores medios y altos en el marco de lo que hemos definido como *procesos de plebeyización de la cultura* (Alabarces, 2011), nunca la pudimos verificar desde la óptica de los actores, más allá de vagos calificativos sobre el mundo de los *chetos* y los *caretas*, a los que se percibe como otros éticos en tanto que otros de clase.

Los sucesos de Heysel, el 29 de mayo de 1985, cuando los *hooligans* del Liverpool atacaron a los hinchas de Juventus causando más de treinta muertos, constituyeron una señal crucial. Además de la exclusión de los clubes ingleses de cualquier competencia europea durante cinco años, los hechos provocan un aluvión de estudios sobre el tema. Uno de ellos, encargado por el gobierno inglés al Parlamento, se publica en enero de 1986 y es firmado por Popplewell: es el *Informe sobre Seguridad y Control de Multitudes en Estadios Deportivos* (1986). Popplewell arriesgó ciertas conclusiones sobre los *hooligans*:

*Ha habido siempre un grupo, a veces pequeño, que encuentra atractiva la violencia; este encuentra habitualmente en el estadio de fútbol un teatro conveniente para esa violencia, y en el partido de fútbol una ocasión para desplegar sus tendencias agresivas, que en otros tiempos y otros días serían exhibidas en los pubs, el centro de la ciudad o donde fuera* (1986: 6).

Popplewell concluía que “aunque los científicos sociales encontraran la verdadera causa de la violencia en las tribunas, no puede prescribirse una cura completa, aun en el largo plazo”. Por eso afirmaba que “tomar adecuadas medidas *preventivas* puede ser útil para frenar la violencia en los estadios”. Estas tardarían aún cuatro años.

Por su parte, la entonces Comunidad Europea, preocupada porque la violencia se extendía por todo el continente –con la aparición de *ultras*, *skinheads* y otras tribus similares– comenzó a volcar sumas importantes de dinero para estudios académicos, lo que permitió un crecimiento de la investigación aplicada. Lo mismo hizo el gobierno thatcherista, a partir, por supuesto dado su carácter ferozmente conservador, de las hipótesis más elementales de la necesidad del control social. Allí es donde las figuras de Norbert Elías y Eric Dunning son centrales. Porque la



preocupación fundamental del trabajo de Elias era la agresión, la violencia y el control de esa violencia, como puede verse en su clásico *El proceso de la civilización*, de 1939; y en ese contexto, el trabajo de Dunning y su grupo de la Universidad de Leicester, ya sin la presencia de Elias (fallecido en 1990) se focalizó en el *hooliganismo*, publicando en 1988 su texto fundamental: *Las raíces del hooliganismo futbolístico. Un estudio histórico y sociológico* (Dunning, Murphy y Williams 1988b), cuyas interpretaciones reiterará, sin mayores variaciones ni mayor evidencia, hasta hoy. Dunning y sus colaboradores -la llamada “Escuela de Leicester”- demostraron simpatía por las tesis de Taylor que antes citaba: pero no por la clase obrera inglesa. Para ellos, las explicaciones de Taylor adolecían de una visión romántica del pasado de los trabajadores; estos sectores reproducirían constantemente una propensión masculina a mostrar públicamente niveles importantes de violencia. Para estos grupos, según Dunning, pelear o utilizar la fuerza física para obtener el control y la dominación sobre otros grupos es algo apropiado y deseable. En consecuencia, Dunning sostendrá que en los hechos de *hooliganism* el protagonismo es de los “sectores más rudos de la clase obrera”, especialmente los jóvenes, excluidos del “proceso civilizatorio” descrito por Elías, es decir, de la tendencia general a la reducción de la violencia en la vida social. Frente a esta explicación, las respuestas solo podían ser represivas, en principio, y las preventivas solo eran “educativas”, a los efectos de reducir la violencia “innata” de estos grupos para devolverlos al “proceso civilizatorio”. Como sería señalado años después en las perspectivas críticas, especialmente de Gary Armstrong y Richard Giulianotti, las hipótesis de Dunning eran funcionales a las políticas thatcheristas, para las que la culpa de todo la tenían los pobres... por lo que además financiaron generosamente sus estudios (tanto a través de órganos científicos como del *Football Trust*, una agencia gubernamental creada en los años 80).

Las críticas de Armstrong y Giulianotti sobre las interpretaciones de la escuela de Leicester no fueron solo ideológicas; también fueron metodológicas y empíricas (Armstrong 1998; Giulianotti y otros 1994)<sup>9</sup>. Ambos desarrollaron largas investigaciones etnográficas sobre *hooligans*, lo que los llevó a sostener que el trabajo de Dunning adolecía de mala información, llegando a conclusiones falsas a partir de evidencia insuficiente: al centrarse sobre información policial y de prensa, Dunning terminaba compartiendo el estereotipo de sus fuentes. Porque obviamente, la policía inglesa solo detenía jóvenes de clase obrera. Asimismo, las explicaciones de Dunning se basaban en un modelo histórico normativo -las tesis de Elías, que no podían ser refutadas- y en una especie de “distancia social” que le permitía generalizaciones fáciles: las voces de los *hooligans* nunca eran escuchadas en sus análisis. Por el contrario, la etnografía -es decir, el trabajo de campo sistemático junto a los actores- revelaba que la composición social de los *hooligans* británicos (Giulianotti trabajaba sobre los escoceses) era mucho más diversa. Esto llevó a Armstrong y Giulianotti a sostener la hipótesis de una violencia *socialmente significativa*, con sentidos complejos. Armstrong, tras una prolongada etnografía entre los seguidores del Sheffield United, argumentaba que los *hooligans* ingleses no eran particularmente gente violenta, que entre ellos no había solo miembros desplazados de los subgrupos de la clase obrera y que mucha de la hostilidad contra ellos estaba basada en los miedos alimentados por la policía y los medios. Sin embargo, la violencia era endémica y real. Para Armstrong, esto se explicaba como resultado de la manera en que los seguidores disfrutaban el juego, y porque eso llevaba a transformar la oposición simbólica en confrontaciones físicas reales. Si la humillación simbólica del otro es el

---

9. Las respuestas de Dunning y sus seguidores fueron descalificadoras: como dice Armstrong (1998), incluyeron silenciamientos y hasta hostigamientos académicos y personales.

principal objetivo, esto se desplazaba rápidamente a la pelea concreta. Asimismo, el objetivo central de los jóvenes que devenían *hooligans* era la asociación con “compañeros”: no el ejercicio de la fuerza colectiva.

Lo que los *hooligans* discutían -y eso puede aún verse en sus esporádicas reapariciones, especialmente en sus viajes al exterior- es, como dice Armstrong, “qué tipo de dramas sociales pueden ocurrir en espacios públicos, y qué códigos de conducta deben prevalecer” (Armstrong 1998). Sin embargo, esa disputa no era política: los *hooligans* no eran militantes ultraderechistas, y en esto se diferenciaban de los *skinheads* alemanes u holandeses. La política era un hecho ajeno al *hooliganismo*, era una pura fantasía de la prensa británica. Cuando los *hooligans* destruían la propiedad privada, primer objeto de la violencia, no cuestionaban el régimen del capitalismo occidental: simplemente superaban la primera barrera, el símbolo de seguridad, la base de la ley, luego de lo cual todo se transformaba en violencia absoluta, en la experiencia máxima de descontrol, esa alteración de la conciencia que ninguna droga puede lograr de manera tan eficiente. No había allí reclamos sociales -porque, como dijimos, sus militantes no eran necesariamente marginales; había pura experiencia y pura satisfacción del deseo. Y posiblemente esto los volvía, para las épocas thatcheristas, aun más peligrosos.

Finalmente, las modificaciones en el fútbol inglés en los noventa y la progresiva disminución del *hooliganismo* a raíz de la masacre de Hillsborough en 1989, llevó a la investigación inglesa a apartarse de la problemática y a dirigir sus esfuerzos a otros asuntos, aunque con una derivación interesante: el auge de los circuitos cerrados de televisión en la vigilancia de los estadios permitió la discusión criminológica e ideológica de estos sistemas, luego colocados por todos lados en los espacios públicos, probablemente violatorios de los derechos individuales a la intimidad y a la propiedad de la imagen de uno mismo. Preocupación

que nadie ha arriesgado hasta ahora en la Argentina.

#### IV

Simultáneamente a estos avatares, comenzaba la investigación argentina, pero de un modo que pareció clandestino: porque son trabajos apenas conocidos por especialistas, a pesar de su difusión académica internacional o, incluso, a pesar del hecho de que los primeros materiales fueron publicados en colecciones de divulgación y con tiradas importantes. Es el caso de los libros de Amílcar Romero, un periodista independiente que desplegó profusas y documentadas investigaciones sobre las muertes en incidentes relacionados con el fútbol, compilados especialmente en dos libros publicados por el Centro Editor de América Latina (Romero 1985 y 1994) y distribuidos en circuitos de venta masiva, además de otro volumen editado en 1986. Romero privilegió, en su documentación, el registro de las muertes como casos indudables, fuera de toda discusión sobre el carácter vago de un “incidente”<sup>10</sup>; ese registro le permitió establecer series prolongadas que demuestran la presencia de la violencia futbolística como un proceso iniciado casi con la misma historia del fútbol argentino<sup>11</sup>. Romero calificaba a las barras bravas como una “contrasociedad deportiva”, optando por señalarlas como culpables centrales del fenómeno, pero indicando también la manera cómo esa actuación es indisociable de un contexto más amplio, la totalidad de la cultura futbolística, primero, y la sociedad en general, como segundo anillo; en ese movimiento, se separaba de la interpretación

---

10. El mismo criterio, influenciado por Romero, mantuvimos en Alabarces (2004).

11. A similares conclusiones permite llegar la magnífica historia de Frydenberg (2011).

que ya en esos años se revelaba hegemónica (y que permanece inalterada hasta hoy), que limita toda la responsabilidad a las barras. A la vez, su documentación sobre muertos se transformó en una magnífica base de datos, *Muerte en la cancha*, donde presentó cada caso ampliado, en varias ocasiones, con recortes periodísticos y comentarios del propio Romero. La base fue puesta *online* muy tempranamente, aprovechando todas las posibilidades de *hosting* gratuito que Romero encontraba, pero siempre privada de cualquier tipo de apoyo estatal o privado<sup>12</sup>.

En un temprano 1985, por su parte, ya aparecía el primer artículo académico, si no sobre violencia específicamente, volcado a analizar la cultura futbolística argentina. Es el pionero “Fútbol y ethos”, de Eduardo Archetti (1985), en el que se ponían de manifiesto las líneas centrales de lo que será la producción del autor en los años siguientes: la utilización de dos categorías antropológicas, la de ethos y la de ritual, le permitieron interpretar de manera aguda la constitución de toda la cultura futbolística como manifestación agonística y trágica, así como los repertorios de la masculinidad entre los hinchas argentinos, con la carga de violencia simbólica que implican estos códigos, fundamentalmente ligados a una sexualidad discursivamente agresiva. Esa línea fue retomada por Archetti en un texto de 1992, publicado en italiano (Archetti 1992)<sup>13</sup>, y a la vez ampliada: porque las características simultáneamente trágicas y cómicas del ritual futbolístico argentino habrían decantado en un sentido trágico, desplazando lo carnavalesco. Esta señal es crucial, aunque no fue leída fuera del circuito académico: desmintiendo las descripciones atem-

---

12. La misma puede hallarse aún en la web en <http://menlac.bitacoras.com/> (accedido 26/3/2013), pero aparece como inactiva o inaccesible.

13. Y comienza así, además, otra condición central de la obra de Archetti: que publicó la mayor parte en el exterior y en otros idiomas

porales (“el fútbol siempre ha sido así”) o folklorizantes (justamente, las que hablan de un presunto “folklore del fútbol”), Archetti demostró una dinámica de cambio y transformación, en la que el sentido y la dirección de esa transformación no puede ser celebrado. En ese mismo trabajo, Archetti discutía las para entonces interpretaciones dominantes de la escuela de Leicester -porque ya conocía la investigación etnográfica de Armstrong y Giulianotti, a los que había acompañado desde el inicio de sus trabajos como jóvenes investigadores-, y extendía su crítica a las versiones periodísticas argentinas: esa explicación -o más bien, esa interpretación interesada, y fácilmente rebatible- se basa en una pretendida “mayor violencia” de las clases populares. Como bien refutaba Archetti, la historia argentina demuestra que las clases dirigentes han sido pertinazmente más violentas que las clases populares. Así, “[todo] esto crea un contexto en el que la práctica de la violencia se vuelve cada vez más legítima” (Archetti 1992: 242). Esa legitimidad no procede solamente de la cultura futbolística: si, por un lado, el predominio de los elementos trágicos crea un contexto inmediato de producción de actos de violencia (entendidos como) legítimo, por otra parte el contexto político argentino crea un marco de referencia amplio en el mismo sentido.

De 1994 es el primer artículo académico específicamente dedicado a la violencia en el fútbol argentino, publicado en una compilación británica editada fuera de la órbita de la escuela de Leicester (organizada, entre otros, por Giulianotti), y debido, como justo corolario de lo que hemos afirmado hasta aquí, a Archetti y Romero: “Death and violence in Argentinian football” (Archetti y Romero 1994). Además de retomar las críticas a los enfoques de Dunning, los autores narran cuatro episodios significativos de una historia de la violencia relacionada con el fútbol en la Argentina, casos que les permiten enfatizar la complejidad del cuadro: se trata tanto de muertes a manos